



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 2 Abril 1914.-Número 14.

Sucursales:
Rivadavia, 608
Buenos Aires

Corregidores de Almagro

Gabriel Maura, aludiendo en una conferencia á la guerra de Marruecos apuntó alto señalando los orígenes, y censurando al Ejército.

Por ser hijo del que gobernaba en 1909 estaba más obligado á callar que nadie; lo mismo que por aspirar á altos puestos en la gobernación del Estado. Esto le ha dicho toda la prensa.

No voy á defenderle; deseo como el que más que este acto cierre á su padre y á él mientras vivan las puertas del poder; mas no dejaré de confesar que el acto tuvo para mí su parte simpática: la de haber roto la constante, enervante y asfixiante monotonía de lo convencional, lo legal, lo prudente y lo sensato, palabras que tienen á España aplastada é inmovilizada.

Y por estas líneas de introducción, calcúlese si me habrá encantado la contestación que á parte de su discurso ha dado el general Burguete, de operaciones en Melilla.]

“Al conde de la Mortera Habla un soldado

No; no es posible permanecer callados en estos instantes supremos para la nación, cuando como un eco resonante de la visita del general Llautey, la indiscreción desata la lengua del conde de la Mortera con *insidias* que alcanzan á las instituciones y al Ejército.

Por lo que al Ejército se refiere—ya que lo demás está tan alto que no necesita de esta índole de defensa—, no puedo dejar pasar en silencio esta desaforada bellaquería insidiosa:

«Pues bien; apenas se nombró jalifa ya no hubo en la zona norte de Marruecos sino ruido de espuelas y de sables, y no se oyó hablar de pacificación ni de reformas, sino de ascensos y de recompensas, de posiciones avanzadas, de muertos y heridos. (Grandes aplausos.)» *La Tribuna* de 21 de Marzo, llegada hoy.)

No; señor conde con suerte y consorte de la Mortera; á pesar de vuestra vida libresca fácil, de sabio y de político precoz, carecéis de actividad cerebral suficiente y de prestigio moral bastante en vuestra vida exenta de lucha, para juzgar la magnitud del heroico sacrificio de nuestra oficialidad resignada, que no fué á la guerra movida del deleznable y mezquino impulso del interés, como se puede ir á una boda.

Vuestro buen padre sabe por qué se llevó de sopetón al Ejército á la guerra de Melilla, y vuestro buen suegro, el dueño de la empresa de los vapores Herrera, podría decir también, si viviera, por qué se llevó en tan malas condiciones al Ejército para pelear en la guerra de Cuba.

A uno de estos soldados del Ejército que llevan y traen unos y otros á la guerra y á la paz, resignadamente, se le puede pedir todo, menos que deje sin la debida réplica vuestras insidias, cuando por lazos de parentesco os toca, más que á nadie, callar.

GENERAL BURGUETE

Leí eso dos veces seguidas, exclamando al final de cada párrafo: «¡Esto, esto!... ¡Así, así! ¡Gracias al diablo que parece que por fin ha vuelto á ponerse en moda entre nosotros el lenguaje viril de la indignación, que no hay que confundir con el del ultraje cobarde y plazuelero!

No pensé ni por un momento á cuántas ordenanzas, leyes, decretos y reales órdenes habría faltado el general Burguete al lanzar su bomba. Mientras más hubieran sido, más lo habría admirado yo.

Pero, anda, que al leer la prensa al día siguiente, cayó un Niágara de agua helada sobre el fuego de mi entusiasmo. Con rara unanimidad, la más benévola con Burguete, apenas si se atrevía á formular tímidas disculpas: la mayoría hablaba de sanciones penales diversas, con arreglo á los artículos tales y cuales de no sé cuántos Códigos muy justos y disposiciones muy acertadas.

Pero la que más me llenó de asombro, fué la prensa republicana. ¡También ella hablaba de legalidad, de disciplina, de temores para el porvenir, de encerrar á los militares en el círculo estrecho de sus deberes!

No me parecería mal que los monárquicos, después de haber hecho con la indisciplina la restauración, dijeran ahora todo eso. ¡Pero nosotros!...

¡Nosotros, que si un militar viniera á ofrecérsenos para quebrantar la disciplina por su base, lo recibiríamos con los brazos abiertos, y lo excitaríamos, y le ayudaríamos!

¡Nosotros, que á cada paso les recordamos que los de antes eran más patriotas, porque faltaban á menudo á la disciplina en nombre de la libertad!

¡Nosotros condenar á los que, dejándose llevar de un arranque de indignación, que nunca puede ser premeditado, se olvidan de todo lo que les conviene, y se ponen fuera de leyes de circunstancias, para obedecer las eternas, las que

hacen al hombre de honor erguirse altivo ante el ultraje, olvidarse de órdenes y leyes creadas para obrar en casos normales ó discutir en cátedras y Ateneos!

¡Correligionarios, no tanto, no tantol... Sobre todo los que queremos trastocarlo todo, y destruirlo y fundirlo, creo que debemos regocijarnos de que de vez en cuando aparezca algún ejemplar casi puro de la raza que tantas cosas grandes hizo por no ajustar nunca sus actos ni al peso, ni á la medida, ni á la ley.

Ahora, si tratamos de seguir viviendo como hasta aquí, resignados, cobardes y quejumbrosos, condenemos con severidades de Tartufos todas las acciones que se salgan de los moldes vulgares; y nada tan cómodo como la costumbre rutinaria de la legalidad.

JOSE NAKENS

El caso Burguete-Maura

La generalidad de los críticos han coincidido en el diagnóstico: se trata de un «síntoma».

Los que defienden al hijo de Maura, dictaminan que el síntoma está en el acto de Burguete. «Síntoma de militarismo» dicen.

Los que defienden á Burguete pueden decir: «el síntoma está en lo de Maura: es un síntoma de politicismo.»

De modo y manera que el conflicto de los peritos está en estos términos:

¿Puede un politicastro, de los que en nuestra tierra ejercen el oficio, adueñarse de los secretos del Estado, para callarlos ocultándolos á la nación *mientras le conviene*, sin más razón del silencio que esta conveniencia; y puede divulgarlos á desazón *cuando le conviene*, aunque sea lastimando los prestigios del Ejército; y todo esto puede hacerlo, sin que la nación tenga derecho á exigirle que hable cuando calla, ni el Ejército á replicarle cuando habla?

Sí; dicen los políticos. Precisamente ahí está el meollo del oficio.

Y si cuando callan se les tira de la lengua para que hablen, responden: «¡Eso es antipatriótico! ¡el prestigio del Ejército! ¡La prudencia!... Sois anarquistas y sediciosos...»

Y si cuando hablan, un general les replica en tono militar, nos vienen gritando: «¡militarismo... ocultismo... sectarismo!...»

A todo lo cual, lo primero que ocurre es preguntar:

¿Quiénes son los que han perdido á

España: los generales que hablan, ó los políticos que *callan*?

¿Nos han perdido los Burguete ó los Maura? ¿Quiénes han sacado de la muerte de España, mejor tajada con menor quebranto?

¡Si lo vela un ciego!

Si yo fuera jactancioso, ó me las echara de profeta, ó presumiera de tener buen ojo clínico político, podría titular muy bien este artículo: *¡Mi triunfo!* Mas como no soy nada de eso, me contento con ponerle el que lleva.

Cuando allá por Noviembre de 1911 publiqué aquel otro titulado: *Tristezas e indignaciones*, se desató contra mí la furia de los incondicionales de Lerroux, algunos de los cuales ya no están, por cierto, á su lado.

¿Y qué dije yo entonces ni qué me propuse, sino advertir á Lerroux que había *decaído* su influencia en Cataluña? Claro que como se lo dije razonándolo y demostrándolo, mis argumentos dolieron á los suyos, más no consiguieron hacerlo reaccionar á él. Siguió el camino de perdición con el aumento progresivo de velocidad de todo el que baja una cuesta, hasta llegar á lo que hemos visto: á salir derrotado personalmente en Barcelona.

He vuelto ahora á repasar el artículo, y no resisto á la tentación de copiar algo de él para los que no lo recuerden, y para ir á parar á la conclusión final, que se verá cuál es.

Estos son los párrafos:

Tristezas e indignaciones

«Esto es lo que vengo sintiendo hace años en política: á veces creo que también siento asco.

Hoy predominan en mí las tristezas, al contemplar la caída de un hombre que ha representado durante muchos años la fuerza de un gran pueblo.

El pueblo es Barcelona: Lerroux el hombre.

Porque Lerroux está caído. Caído, claro es, con relación á Lerroux. Como está arruinado un hombre que tiene dos millones anuales de renta, cuando se ve reducido á vivir con veinte mil duros. Otro cualquiera, con esa renta sería poderoso: él es pobre.

Realmente, y atendiendo á la realidad del hecho, yo no debería emplear el verbo *caer* para determinarlo. Hay otro más apropiado: *decaer*... ¡Pero es tan cruelmente expresivo!

En la *caída* puede haber grandeza: á veces más que en la ascensión. En la *decaencia*, nunca.

Además, el que *cae*, puede levantarse: el mitológico Anteo lo prueba. El que *decae*, no. Y yo quiero creer que Lerroux se levantará.

Además, en él había dos personalidades: la suya, de mucho relieve, y la que

le había dado el pueblo de Barcelona, soberbia cual ninguna. Y esta es la que realmente ha *caído*. O *decaído*.

¿Quién la ha echado por tierra? ¿Sus enemigos? No. Hubieran continuado impotentes contra Lerroux, si él no los ayuda. Nadie, pues, se alabe de haberle derribado.»

«Años después, cuando se inició el descontento entre los suyos, yo no coreé á quienes le combatían. Y eso que no una, sino muchas veces, se me excitó á hablar contra él y su política. Y por republicanos probados y radicales.

¿Por qué no lo hice entonces? Porque no quería contribuir al anulamiento de una gran fuerza, la mayor que existía en el partido republicano; la única estaría mejor dicho. En esto fui consecuente conmigo: nunca metí mi piqueta sino en los edificios cuarteados, y á última hora. No he demolido más que ruinas, pese á mi fama.

¿Por qué lo hago ahora? Por encontrarme de algún tiempo acá con una representación en el partido, que no he deseado ni solicitado, y que ignoro á qué la debo, como no sea á mis años: la representación de todos los que á mi acuden quejosos, indignados ó amenazadores, pidiéndome orientación, demandándome apoyo ó solicitando remedio; esos que son muchos, y no forman partido; que lo dieron todo sin pedir nada, y que me consideran uno de los suyos.

Representación que me obliga á hacer cuanto pueda por salvar la fe de aquellos que en mí la tienen, y entre los cuales hay muchos que se creen discípulos míos en republicanismo.

Representación que me impone el deber de animar á los que caerían en el escepticismo si no hubiese quien les dijera: «los desengaños no deben enjendrar la duda en los convenidos, ni las decepciones abatirlos, ni las ingratitudes detenerlos. Miradme á mí.»

Representación que me manda tender la mano á todos los naufragos de la esperanza, para que busquen en sus propias fuerzas la salvación que no pueden aguardar ya de la débil tabla que los mantuvo á flote después de hundido el buque.

Representación, en fin, que me ordena imperiosamente gritar á los soldados que pudieran por un momento pensar en la deserción al verse abandonados: «¡No, no! ¡A las filas!... ¡Tacto de co-dos!... ¡Animos!... ¡En vosotros está la fuerza!... ¡De vosotros depende el éxito! ¡Sin generales se toman Bastillas!... ¡Con generales se pierden Colonias!»

Esa representación tengo, con esa representación hablo y con esa representación juzgo. Y la osto muy orgullosamente, y hasta muy cariñosamente, por creer que en todas esas quejas, esas protestas y esas iras, conjuncionadas después del último fracaso electoral, hay algo mío; mucho quizás.

Esto no quita para que, al esbozar hoy unas ligeras impresiones acerca de

Lerroux y su política, deje de sentir esa tristeza que, como dije al comenzar, me producen todas las caídas. Sean fatales ó sean buscadas. Y aunque sean mercedas.

«Aún recuerdo con alegría aquellos primeros tiempos de Lerroux en Barcelona, cuando resumía y compendaba todos los anhelos revolucionarios y todas las ansias de justicia, siendo á la vez eco de todos los gemidos, de todos los dolores de aquel pueblo excepcional. Por compendiar y resumir todo esto, se unieron á él los catalanes de corazón que soñaban con reivindicaciones justas y cambios redentores.

Era hermoso verle, según me han contado, avanzar gallardamente hacia la multitud que le clamaba frenética, y confundirse con ella hasta un punto, que habría sido imposible distinguir el suyo entre tantos millares de rostros varoniles; á no ser por esos misteriosos destellos que esparce la frente de todo dominador. Ni en su traje siquiera se distinguía: hasta calzaba la democrática alpargata.

Y cuanto les dirigía su elocuente palabra, que los enloquecía y electrizaba, aquellos hombres sanos de cuerpo y de espíritu, dispuestos á todas las acciones y á todos los sacrificios, creían ciegamente que Lerroux era el Moisés que había de conducirlos á la tierra de promisión.

Pocas veces un hombre penetró más hondamente en las entrañas de un pueblo. Por esto nunca juzgué jactanciosas aquellas afirmaciones suyas de que era árbitro de los destinos de Barcelona.

Sí; pudo haber hecho allí durante algún tiempo cuanto hubiese querido.

«En esto precisamente se fundamenta el cargo más tremendo que puede hacerse á Lerroux.

«¿Qué has hecho contando con todo aquello, y que has hecho de todo aquello?

«Hay grandes actores que no se revelan por falta de escenario. Tú lo has tenido cual no pudo soñarlo el más exigente, ¡y nada has hecho! Ni siquiera conservar incólume aquel enorme conglomerado de energías, para que otro pudiese mañana darle aplicación. La Historia te juzgará muy duramente.»

Todo esto pudiera decirse hoy.

Y preguntarle además:

«¿Por qué has perdido las elecciones? Por la saña con que te han combatido los monárquicos no será, pues antes te combatían lo mismo, y las ganabas.»

«Por que hayan disminuido los hombres de ideas radicales en Barcelona tampoco, pues cada día hay más.

«¿Por qué ha sido entonces?»

Y no se me alcanza qué podría contestar Lerroux á esas preguntas.

Ni á estas otras:

«¿Te siguen todavía aquellos hombres

de grandes alientos, que con tanto entusiasmo y tanto desinterés se pusieron resueltamente a tu lado al llegar a Barcelona, y sin los cuales nada hubieras logrado? Si están a tu lado aún, ¿por qué pierdes las elecciones? Y si no están ¿por qué se han ido?

«Los que ahora te rodean ¿son de aquellos? Los que impones a los votos de las masas que dominas todavía, ¿son de los que te alzaron sobre sus hombros, compartieron su pan contigo, expusieron su vida por defenderte?»

La respuesta a estas preguntas pudiera darnos la clave del por qué los radicales son hoy minoría en el Ayuntamiento de Barcelona.

«Si Arquímedes viviese ahora, abominaría de Lerroux, porque habiendo encontrado el punto de apoyo para la palanca revolucionaria, no volcó la monarquía. ¿Fue porque no pudo? ¿Fue porque no supo? ¿Fue porque no quiso?»

A esto nada contesto, porque nada sé. Únicamente me atrevo a arriesgar esta observación. Sin preparación, sin organización, sin jefes, sin dinero, hubo dos movimientos que preocuparon hondamente a los gobiernos monárquicos durante la dictadura (creo que puedo llamarla así) de Lerroux en Barcelona. Y esto prueba, por lo menos, que Barcelona era buen punto de apoyo para la palanca de Arquímedes.

«Lo más triste de esto, es que Lerroux ha perdido la gran personalidad que los catalanes le dieron, por torpezas impropias de su talento: por prescindir de muchos de los que formaron su apostolado, creyendo que, ya en las alturas, podía empujar la escalera; por pagarse demasiado de frivolidades ostentosas que de ben dejarse en usufructo perpetuo a los que, por valer poco, no tienen otros medios de parecer algo. ¿Pero él? ¿Un hombre de su entendimiento, de su elocuencia, de su pluma, de su atractivo personal? Esto es mezquino.»

«¡Ah! ¿Qué equivocación!

Si el Lerroux diputado asesina al Lerroux periodista, y ante aquella transformación inesperada busca en la austeridad a lo Pi y Margall el respeto y la consideración que nunca dió la fastuosidad improvisada, ¿quién habría osado echarle en cara luego las supuestas ó reales incorrecciones que la necesidad de vivir pudo haberle impuesto al entrar en la vida pública? ¿Qué autoridad no tendría hoy? ¿Cuánto bien no podía haber hecho a España? Y no un bien de momento, de ráfaga... sino estable, imperecedero...

Todo el mundo hubiera olvidado lo que de él se decía, parodiando en disculpa suya lo de aquel banquero en una reunión de colegas donde se deslizó furtivamente la palabra moral: «Cerremos, señores, los ojos ante los primeros cincuenta mil duros, y entremos en materia.»

Pero ¡ay! lejos de esto, tiró pronto aquellas simbólicas alpargatas y comenzó

a hacer ostentación de grandezas un tanto inocentes, acabando por exhibirse en un automóvil rojo cuando ya su política había perdido ese color; y entonces fue cuando resurgió con más furia el pasado, abrumándole con crueldad implacable.

«Un automóvil!... ¿Qué inferioridad! Cualquier hortera enriquecido y vanidoso lo tiene. Lo que logran alcanzar muy pocos hombres, es lo que Lerroux tenía para exhibirse orgullosamente: los hombros de ese Hércules inmenso llamado Pueblo Catalán. Sobre ellos, no podían confundirlo con nadie. En el automóvil, con cualquiera. Sobre ellos, hacía correr espantados a los reaccionarios. En el automóvil, aparta entristecidos a los republicanos.

«Y haber dado tanto por tan poco!... Apenas pensarlo.»

«Lamentemos esas torpezas, y burquemos en la cohesión de todos los republicanos la fuerza y la respetabilidad que hemos perdido en las elecciones últimas, para ver si logramos que termine pronto el eclipse de esperanzas que entenebrece hoy al partido.

Y en cuanto a Lerroux...

Lerroux puede prestar todavía grandes servicios, si no se empeña en mantener a toda costa la apariencia de su pasada preponderancia, como las casas aristocráticas que vienen a menos su antiguo esplendor.

Allánese a la realidad; no imporga hoy, vencido ó muy quebrantado, las arrogantes condiciones que impondría para unirse a los demás republicanos si se considerase vencedor; saque de la adversidad las enseñanzas que la prosperidad le negó, y... ¿quién sabe?, tal vez por este camino logre colmar los anhelos de su justificada ambición.

Y después de decirle esto, que le será tan desagradable leerlo como me ha sido a mí escribirlo, crea que acaso haya sido este el mayor de los sacrificios que me he impuesto para ver si puedo contemplar al final de mi vida unidos verdadera y sólidamente a los republicanos, único objetivo de mi labor política. Y crea también que, de ser otro el político a quien juzgara, habría pedido a la indignación los tonos que no podía demandar a la tristeza.

Y que a falta del *Cirujano de hierro* de que habló Costa, y que aún no ha aparecido entre nosotros, habría yo empuñado el bisturí y practicado la operación quirúrgica a salga lo que saliere. Tan convencido estoy de que el organismo republicano necesita ponerse alguna vez en íntimo contacto con el bisturí.

Pero se trata de él, de Lerroux, que aún puede intentar algo grande, y no he querido emitir este juicio con la dureza que lo hiciera tratándose de otro.

Si la imparcialidad absoluta existe, y es una virtud, declaro que es otra de las muchas que no tengo.

¿Que por qué, pensando de Lerroux lo que dije en los últimos párrafos, he podido decirle ahora lo que todos saben, después de su derrota en Barcelona?

Porque desde sus últimas torpezas, (no quiero llamarlas de otro modo) ha dejado de ser para mí Lerroux lo que todavía, y a pesar de todo, era en 1911. Pero de esto hablaré en el número que sigue y de la situación actual del partido republicano.

En éste quiero sólo hacer constar:

Que habiendo dicho Lerroux públicamente estos días: «que hay que reconstituir el partido radical, que hacer propaganda de entusiasmo, que resucitar los procedimientos antiguos, que actuar en todo revolucionariamente, que reconquistar la calle, es decir, volver a lo que yo lamentaba que hubiera abandonado, por él y por el partido...

No soy yo, es él quien se censura, quien se fustiga, quien se injuria, y quien se equivoca también ahora creyendo que las virginidades perdidas pueden rehacerse.

EL PARENTESIS

No he leído en *El Progreso* de Barcelona contestación alguna a la pregunta que en el número pasado hice a Lerroux. Siento que no la haya dado, rectificando la frase *vejez sangrienta*, ó ratificándola, pues de cualquiera de ambos modos yo hubiera sabido por dónde enfilar la respuesta, mientras que ahora no, por ignorar el alcance que se le ha querido dar a la frase.

Aguardaré al número siguiente para ver si se me contesta, aunque sólo sea por cortesía, y háganlo ó no, cumpliré en él lo ofrecido a mis lectores antes de este incidente: abrir un paréntesis en mi costumbre, tan invariable como antigua, de emitir con franqueza mi opinión acerca de los asuntos de actualidad del partido, sin renunciar por esto al derecho de ocuparme, siempre y en la forma que me parezca, del republicanismo en general.

¿Hasta cuándo durará este paréntesis? No lo sé. No depende de mí el cerrarlo, sino de mis correligionarios, ya que lo abro por estas tres razones principales:

Primera: porque no comparto la opinión de los que ven próximo nuestro eficaz resurgir, si antes no renovamos organización, conducta y procedimientos.

Segunda: porque no quiero seguir la moda corriente de buscar en el insulto y la injuria patentes de convicción; y

Tercera: porque sentiría traspasar en un momento de ofuscación límites que nunca pisé.

Mientras estas razones subsistan, callará la voz que durante tanto tiempo resonó en el partido republicano para señalar derroteros é impulsar voluntades, con la sinceridad del que sólo deseaba que viniese la República.

La voz que nunca se alzó para cometer una injusticia a sabiendas, aunque pudo cometer errores de apreciación.

La voz que se oyó siempre en todos los anhelos de unión, y protestó contra cuantos a ella se opusieron ó entraron en ella para mixtificarla.

La voz que condenó sin descanso la idolatría que al extremo deplorable en que estamos nos ha traído.

La voz que no se puso al lado de los éxitos ni se ensañó en los caldos resignados.

La voz que secundó todas las iniciativas viables y las defendió con constancia.

La voz que jamás pidió aplausos, ni cargos, ni representaciones, ni actas, y mas de una vez vibró para rechazar todo eso.

La voz cuyo metal no han oído ni una vez en Ministerios, ni en Bancos, ni en Empresas monopolizadoras.

La voz que no oyó nunca un correccionario acompañada de peticiones para hacer la revolución.

Esta es la voz que va á enmudecer hasta que el republicanismo comience á trabajar dignamente para volver á constituir una esperanza para España;

O hasta que se apaguen los ecos de las que hoy parecen disputarse la palma del ultraje;

O hasta que dejen de resonar las que todavía entonan himnos de alabanza á los ídolos que la inconsciencia ó el deseo de ver la República torjan, y muchas veces el interés sostiene.

¿Tarda en llegar mucho todo esto? Pues esa voz seguirá muda en cuanto á la política de fracción se refiera.

La Polémica sobre el Libro de San Ignacio

El *Diario de Cáceres* es un papel que se dice «periódico católico» administrado en la Secretaría del Obispado de Coria, y por tanto, es una especie de Boletín eclesiástico, oficial ú oficinas del Obispo.

Y en su número del día 25 de Marzo, se lee el siguiente reclamo en favor de mi libro, como postdata de otro reclamo de la peregrinación á Guadalupe:

«Hemos visto una hoja editada en esta capital, anunciando con mucho bombo una obra de Pey Ordeix, titulada *Resurrección Histórica de S. Ignacio de Loyola*».

»Lo que no dice la hoja y oculta por ignorancia ó por malicia, es que el autor es un renegado de la misma naturaleza que Ferrándiz y el P. Corbató, cuyas obras están condenadas, y tratando de S. Ignacio de Loyola es natural que sea un conjunto de falsedades é impiedades, mil veces refutadas por los escritores católicos.

»Ya volveremos sobre este asunto y discutiremos con quien sea necesario, cuando conozcamos el texto, pues la santidad del fundador de la Compañía y la gloria de ésta, están muy por encima de los ataques de sectarios renegados.»

Pláceme que el obispo de Coria ó su organista, enristre en la una mano el cayado y en la otra la peñola para rom-

per unos pantos de esta sobre mi libro, y el otro sobre la cabeza de sus diocesanos que fueren osados á leer el libro; pláceme su propósito y promesa formal, pública y solemne de volver sobre este asunto, y de discutir con quien sea necesario, cuando conozca el texto: y para que no puedan alegar ignorancia, le he remitido á su secretaria un ejemplar de la primera entrega, en pliego certificado.

No lo haré de las demás, por muchas razones. Primera, porque, debiendo en virtud de tal promesa á los lectores de ese diario, enterarse del texto para conocerlo y discutirlo, necesitará el obispado suscribirse á la obra, que le costará cuarenta pesetas como cuarenta coronillas de tonsurado de menores, y con ellas podremos lanzar á la propaganda otro millar de entregas, con el dinero episcopal sacado quizás de las misas de beatas ó de limosnas de ladrones arrepentidos; con lo cual, el Diabolo en cuyo partido dice el órgano episcopal que militamos, se felicitará del millagro estupendo de sacar del arca del Dios á quien dicen servir los otros, esas pesetejas, en compensación de los millones que el obispo y su clero sacan al Diabolo de los impíos.

Y cabalmente á ese negocio obedece en parte el aumento de precio de la suscripción. Porque me eché estas cuentas:

A vuelta de algunas entregas no habrá obispo ni teólogo algo ilustrados, que puedan dejar de buscar el libro, ya sea para refocillarse con los vapuleos que en sus páginas se darán á los repulsivos padres jesuitas, si les son contrarios; para poder replicar á quienes les han de combatir con nuestros argumentos, si acaso son jesuitantes.

Lo propio ocurrirá con los respetables priores y abades de órdenes religiosas, y aún con tal cual madre priora ó abadesa, y sobre todo con los que en el mundo sagrado y profano se las echan de iniciados y enterados de los misterios de la Compañía.

Y aún no faltarán algunos jesuitas, comenzando por el General, que tiene dada orden de remitirse todo cuanto se escribe acerca de la secta.

¿Cuántos serán, en conjunto, esos señores? ¿Ciento? ¿Diecientos? ¿Quinientos? Quizás no bajen del millar.

Y á partir de este supuesto, me dije: Todos esos suscriptores forzosos y que vendrán arrastrados por la necesidad, van á gozar de los mismos privilegios que aquellos amigos que han corrido al momento á la invitación?

No, y no. Esto sería una especie de herejía.

Pues... que lo paguen. El librito les costará 40 pesetejas. ¿Son mil ellos? Pues... ¡cuarenta mil pesetejas al fin de la obra. Y con ellas, si no levantamos una catedral levantaremos un calvario y haremos un hermoso Belén.

Ya lo sabe, pues, el señor obispo de Coria ó su lugarteniente en este palenque. Si no paga las 40 pesetas, se queda-

rá sin libro y sin poder conocer el texto ni refutarlo, dejando burlados á los lectores de su católico diario.

Pero ya en la primera entrega tiene buen puñado de cuestiones y un programa bastante regular para lucir su destreza polémica, su profunda erudición histórica y su agudeza crítica; porque, no va á salir de campeón del jesuitismo un badulaque de tres al cuarto. Un diario episcopal «es natural» que sea todo eso.

Pues bien: recogido el guante, compañero de polémica. A discutir.

¿Cuánto apostamos que no sigue la discusión?

¿A qué queda ese guante en medio del arroyo, embadurnado con la insolencia y asquerosidad de su hechura inicial?

¿A qué reniega de haberlo soltado?

Espero la respuesta sentado, señores católicos del *Diario de Cáceres*.

Y para que su provocación activa pase á ser pasiva, les invito á discutir, no ya las cosas de Ignacio de quien no saben una palabra todos los teólogos de Coria: sino las del socio jesuita, Padre Diego de Cáceres, de quien pueden ó deben estar en antecedentes, y del obispo de Coria amigo de Ignacio.

Vaya, animense los inquilinos vitalicios del palacio episcopal á discutir, ó refutar, á buscar el libro y á soltar las cuarenta pesetejas.

¿A qué no discuten?

¿Cómo va á tener ánimo de discutir quien comienza por insultar y echar espuma?

El insolente y mal educado no discute, ni refuta; ladra y chilla á lo más. No se le contesta con razones, sino con latigazos como este.

A cumplir la palabra, señores de la Secretaría episcopal de Coria, y á no engañar á los lectores, negando y renegando lo prometido.

Pues hay muchas clases de renegados: unas lo son de la decencia y seriedad, como el autor del párrafo copiado, y otros lo son de la Iglesia, como el que le replica.

S. PEY ORDEIX

Lo que es la escuela en España

En el estrecho recinto formado por cuatro paredes mugrientas y cubiertas de telarañas en sus partes angulares oíase un monótono canturreo, cuyo eco argentino hacía surgir en mi imaginación reminiscencias de la época más feliz de mi vida, si ella no hubiese sido amargada por la férrea disciplina escolar.

Permanecí cinco minutos frente al vivero humano, del que había de surgir la futura sociedad, y desde la portezuela, semiabierta, observaba cómo un señor de famélico rostro explicaba al infortunado auditorio infantil una lección de Historia sagrada y otra serie de absurdos. Indignado contemplé aquella escena brú-

talmente inhumana; pero, ¿cómo no, si veía perpetrarse un crimen de lesa pedagogía? Aquel ambiente viciado y carente en absoluto de higiene, me indicaba la desgracia de los hombres en germen; éstos desean libertad, luz, alegría, oxígeno y vida, y se les administra en esos locales que se llaman colegios católicos y escuelas nacionales todo lo contrario.

Emblemas tiránicos y llenos de barbarie adornaban el recinto para que nada faltase al mil veces infame régimen carcelario a que se hallan sometidos, viniendo a corroborar mis afirmaciones el manojo de cintas de cuero que, pendientes de un palo, blandía el maestro para flagelar los tiernos músculos de hombres que entraron libres y saldrán esclavos; de flores humanas que entraron fragantes y saldrán inodoras y marchitas.

¡Qué desgracia! ¡Qué vergüenza! Mentira parece que en pleno siglo XX sea el sublime templo de la Educación feudo del templo católico o de otro donde se rinda culto a algunas absurdas religiones positivas, degradantes y embrutecedoras; pero mientras los políticos del nefasto régimen que padecemos continúan dedicando unas migajas del presupuesto para la cultura y progreso nacionales, así ha sucedido y sucederá.

MARIANO JUBERIAS

Caudillismo

Para arrastrar muchedumbres no hay nada mejor que mentir mucho y bien; no hay nada mejor que profetizar venturas, éxitos, dichas; no hay nada mejor que prometer el maná a cortísimo plazo. No importa hacer conciencias, crear valores, despertar energías; lo que importa es meter ruido, entretener la imaginación popular, reducir multitudes y conducirlos donde fuere y como fuere. Se persigue un prejuicio, la realización de un programa, la posesión de un puesto, de una prebenda o de un galardón. Lo esencial es hallar satisfacciones a la vanidad, a la ambición o al pueril deseo de convertir en verdad común el error individual. A la hora de la decadencia, todos los falsos valores pasan como legítimas monedas.

R. MELIA

Sobre elecciones

Sr. D. José Nakens.

Respetable correligionario: Permítame que en nombre propio y en el de todos los correligionarios de esta localidad le comunique; que en vista de la desunión de los jefes republicanos que dividiendo las fuerzas del partido lo condena a continuados fracasos como el recientemente ocurrido en esta circunscripción, no volverán a tomar parte en ninguna contienda electoral si previamente no ven de acuerdo a los candidatos de su filiación haciendo en aras de la causa el sacrificio de sus pasiones.

Dar el triste espectáculo de la pasada lucha, la postergación de verdaderos prestigios, las confabulaciones con los enemigos, la persecución entre los que simulan tener el mismo ideal, extremos son que no deben extrañar verlos en los corrompidos partidos monárquicos, pero que deben ser en absoluto incompatibles con la austeridad republicana y prescindir del sentido común y de la dignidad del pueblo; también se aviene al modo de ser de un sistema de gobierno despótico pero que resulta un sarcasmo puesto en práctica por los que todo lo esperan de su independencia y progreso por cuyos ideales simulan luchar.

Le desean salud y república.

Gabriel Cebrián.—Martín Pérez.—Hilario Muniés.—Valero Latas.—Florentino Ferriñgan.—Manuel Uriel.—Mariano Ibáñez.—Eugenio Lafora.—Calixto Lafora.—Jorge Uriel.—Anastasio Gracia.—Miguel Bel.—Juan Cortés.—Cecilio Tornos.—Mariano Berdejo.—Antonio Urpi.—Serapio Tenas.—Francisco Aznar.—Mariano Latas.—Giordano Uriel.—Francisco Uriel.—Bruno Guillén.—José García.

Siguen las firmas hasta ochenta.

Utebo 20 de Marzo de 1914.

La obra de los gobiernos es cien veces peor que el bandido del campo. El bandido despoja preferentemente a los ricos; el gobierno a los pobres, y además favorece a los ricos que le ayudan al crimen. El bandido no recluta a nadie a la fuerza, los gobiernos, sí.

TOLSTOY

PROBLEMAS NACIONALES

A RIESGO Y VENTURA

El colono hace el arriendo a riesgo y ventura de todos los casos fortuitos del cielo o de la tierra; pues si alguno sucediera, por extraordinario que fuese no por eso dejará de satisfacer íntegra la renta estipulada.

(Cláusulas de un contrato de arriendo en la provincia de Salamanca).

—Pero ¿de qué época feudal es ese arriendo?—preguntará, indignado, el lector.

—Pues de ahora, de nuestros días—hay que responderle.

Sí, señores. De ahora, de nuestros días, es esa cláusula feroz, inconcebible, monstruosa. Como verán ustedes, por ella el propietario pasa entre terremotos e inundaciones indemne e intangible, como Daniel por las llamas bíblicas.

El espíritu del legislador, que ha siete siglos resignado cristiana y humildemente ante los cataclismos geológicos, los acataba y proveía por boca del Rey Sabio en esta cláusula de las Partidas: «Cagulsada cosa es que como él pierde la simiente e su trabajo que pierda el señor la renta que deve avuel», en pleno siglo XX se rebela contra las convulsiones atmosféricas decretando que no haya inundaciones ni terremotos. Y con la omni-

potencia de un califa de Bagdad, ordena al escribano que lo testifique, y se concierta con las leyes de nuestro tiempo con la satánica soberbia de un Jerjes apaleando la tempestad.

Por esta cláusula efemérides, que manchará la jurisprudencia contemporánea con el borrón de sus oprobios, los colonos de la provincia de Salamanca son de peor condición que los cazadores del «Panchatranta» o que los pescadores de Gallad. Cuando mueren, los cazadores indios, al volver ante su señor con las manos vacías, no sufrían otro castigo que el de apaleo, ni los pescadores de «Las mil y una noches» otra afrenta que la de no ver lucir el sol en cuatro días.

Pero estos colonos salmantinos, lanzados por sus propietarios a una grotesca lucha contra los elementos, cuando vuelven vencidos por la tempestad o abatidos por el ciclón, tienen que «satisfacer íntegra la renta estipulada». Y esto, no sólo por mandato de sus propietarios, sino por terminante, inapelable fallo de la ley.

Es decir, que en el siglo XX hay una ley que manda detener el sol y encadenar el rayo, renovando el milagro de Josué y la leyenda de Sigfredo, no por una estupenda exaltación lírica, sino por el mandato archiprosalco de un simple juez municipal.

Superiores, no sólo a los hombres, sus colonos, sino a los elementos, sus esclavos, los propietarios salmantinos han hecho del dominio quiritario un dominio olímpico. No solamente mandan en la tierra, sino en el cielo. ¿Hay ejemplo de nada parecido en todo el planeta? ¿No es todo esto, mas que infamia, mas que iniquidad, algo de pesadilla, de aquelarre, de «aegriscomia»? ¿No será que los propietarios que imponen una cláusula semejante están todos más locos que certeros?

¿En qué cabeza cabe que se pueda obligar a nadie a cumplir tal cláusula? ¿Qué juez se atrevería a condenar al colono que no la cumpla? ¿En dónde está la fuerza de un contrato por virtud del cual una de las dos partes se obliga mancomunada y solidariamente con el rayo y con el trueno?

El Diputado provincial de Salamanca don Filiberto Villalobos, de cuya interesante «Memoria sobre la necesidad de una ley reguladora de rentas de la tierra» hemos reproducido la estupenda cláusula, expone en su documentada labor otras útiles consideraciones acerca del carácter especialísimo que presenta el problema agrario en la región.

En recientes conversaciones con don Miguel Unamuno y con don Tomás Elorrieta, profesores de aquella Universidad; con el director Rodríguez Pinilla, que de allí se trasladó ha poco a San Carlos; con el poeta Blanco Belmonte, infatigable explorador de las Hurdes, y con otros amigos, espíritus atentos y silenciosos, que estudian el problema de la renta agrícola sin pedantescas improvisaciones ni ridículas faramallas politiqueras, he-

mos ido ampliando nuestras modestas investigaciones, nacidas bajo la tutela y guía del maestro Costa y no en la gota de agua de los infusorios de Ateneo.

Este problema de la renta, que tiene, como consta en el «Colectivismo agrario», el doctrinal radicalismo que, comenzando en González de Cellorigo y acabando en el propio Costa, puede considerarse precursor de las soluciones de Enrique George, ofrece, entre otras apremiantes necesidades, esta primera y principal de abolir la grotesca cláusula.

Por una simple circular del Ministerio de Justicia debe notificarse á los Notarios, Jueces y Abogados de la Audiencia de Salamanca la obligación en que se hallan de no inscribir, ni tramitar, ni defender, ni intervenir bajo ningún pretexto en aquellos contratos de arrendamiento donde se establezca la expresión de «á riesgo y ventura», por atentatoria, no ya al espíritu de la ley, sino á los procedimientos judiciales vigentes.

Esto esperamos del Ministro de Justicia, por decoro de la justicia, de la lógica y aún de la Gramática. Pues siendo como es, el de «á riesgo y ventura», término de apariencia y sonoridad clásicas, en el fondo de su expresión pomposa no hay la verdad bastante á convencer de que un simple colono de Peñaranda ó de Candelario dispone de los rayos, como Vulcano, ó de los vientos, como Eolo, á un gesto airado de su señor, el Júpiter salmantino...

CRISTÓBAL DE CASTRO

¿Cristo militar?

Monumento á Jesucristo

Fracaso del proyecto

Un diario colombiano, refiriéndose al fracaso del proyecto de ley para un monumento á Jesucristo en los campos de Boyacá, dice:

«Fracasó el proyecto de ley que algún honorable representante presentó á la Cámara, sobre que se levantara una estatua á Jesucristo en Boyacá, probablemente en conmemoración de la magna batalla de la Independencia. Eso le faltaba á Jesucristo: que lo volvieran militar y prócer de Colombia.

Por lo visto se presenta una duda para los historiadores. ¿Jesucristo peleó en el campo de Boyacá contra los españoles? El, que vino al mundo á predicar la paz, ¿hizo viaje especial á Colombia para proclamarse Generalísimo de los ejércitos patriotas? No contábamos nosotros con que Aquél ante el cual Bolívar dobló siempre la rodilla en los altares, fuese su rival en la gloria del triunfo de Boyacá.

Sería curioso ver á Jesucristo, espada en mano, jinete en un gran caballo guerrero, como el de Fremiet, haciendo tocar á la carga y lanzándose por entre las filas de los soldados, contagiándolos á todos de su bravura y heroísmo. ¡Jesucristo, el Rey de los Mártires, no ya en

la cruz donde se le adora, sino entre la artillería, poniendo en derrota al enemigo, para entrar después en la capital «bajo lluvia de flores y al estruendo de músicas marciales».

El proyecto fracasó, porque hasta á la mayoría de la mayoría le pareció desatinado.»

Explicación de la lámina

No la necesita; pero el objeto con que yo la he copiado, sí.

Lo he hecho, porque, además de tener mucha gracia, resulta un símbolo de la parte del pueblo español que no concibe la existencia sin fetiches, lo mismo en política, que en religión, que en arte.

Fetiches á los que llegan hasta besar, como han hecho varios adoradores en Barcelona con Belmonte, que por cierto no se distingue como obra de arte humana, aunque se distinga como figura de arte taurómico, para provocar semejantes efusivas y ardientes demostraciones de los individuos que parece no distinguir de sexo para repartir ósculos.

Sevillanas

De las muchas cosas que en materia de religión me hacen á mí desternillar de risa, una de ellas es la de ver á un cura jugar á la lotería.

Claro es, que si se tiene en cuenta que la religión es la paradoja elevada al cubo, no podrá extrañarnos el caso de que un cura comprometa al azar el importe de un par de misas, con la sana intención de centuplicar su dinero.

Pero es el caso que el cura toma muy en serio su oficio y suele hacer cuestión de gabinete hasta los más nimios detalles del dogma.

Todas sus manifestaciones exteriores convergen en un mismo punto: en hacer creer á los demás lo que para él está fuera de toda discusión; la infalibilidad de la Iglesia católica, apostólica, romana, con todos sus preceptos, misterios y sacramentos, en los cuales, él, el cura, alardea de creer firmemente.

Siendo así ¿por qué juega á la lotería? Uno de los preceptos, quizás el más terminante de la religión católica, apostólica, romana ¿no es el que ordena despreciar los bienes terrenales? ¿Para qué quiere el cura, caso de que le tocara el gordo, ese dinero? ¿Ignora, por ventura, que ha de condenarse en el instante mismo en que se adueñara de cualquiera cantidad, por insignificante que fuera?

Y ya que con tanto ahinco, aun á trueque de condenarse, procuran todos los de su clase agenciarse los pajoleros monises, ¿por qué no piden el dinero directamente á Jesucristo, ya que con este buen señor les unen lazos del más estrecho parentesco espiritual?

Nadie mejor que Jesús, que todo lo puede, podría colmarles de bienes.

¿Quién duda que pisándole los talones á la súplica, veadría la concesión de la gracia? El mismo Jesucristo podría ser el portador de la buena nueva. Se aparecería á el cura y con voz grave y sonora le diría al oído en éstos ó parecidos términos:

«No te apure la carencia de dinero, remonono. Desde este momento, cada vez que te lleves la mano á la coronilla, en vez de un adoguín que encontrabas antes, encontrarás ahora un pápiro de á mil. Y como supongo que todo el año vas á pasarlo dándote coscorrones en la calabaza, con muy poco esfuerzo que hagas, te encontrarás millonario en daca las pajas. Memorias á la parienta. Adios.

Este es, sin duda, á mi modo de ver, el camino más expedito que tiene el cura para crearse una fortuna: barato también le resulta, puesto que yo renuncio desde ahora á los derechos que pudieran corresponderme por mi invento.

Conque, señores sacerdotes, á ponerlo en práctica y á dejarse de andar de zoco en colodro y de una en otra lotería comprando décimos, que generalmente no suele venir en la lista de premios ni el millar á que corresponden.

Sin contar con qué, haciendo las cosas en la forma por mí propuesta, se evitaría el acto, algo equivoco en el cura, de confiar á la suerte lo que debe de esperar únicamente por conducto divino.

Yo he hecho ya todo lo que he podido en éste asunto, que entiendo no ha sido poco: señalarles á los curas el camino de su felicidad. Si para la mejor resolución de este negocio pudiera interponer mi modesta influencia en la Corte Celestial, también lo haría; pero allí no me conoce á mí ni el portero.

Concluyo, pues, afirmando: que el sacerdote que no tomare mis consejos, dará una prueba patente de su falta de fe en la Divinidad; tanto es así, que la compra de un solo décimo de lotería hecha por un cura, implica un solemne mentis á esa misma religión, de la cual se muestra él sincero creyente.

Y ésta cróniquilla, me la sugiere el hecho de haber visto esta mañana al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Proto notario mayor del Tribunal Metropolitano de éste arzobispado, comprar medio billete de lotería del número 18 337 del sorteo de primero del próximo mes de Abril.

¡Premita un devé que no le toque ni en la pedreal

E. GIMÉNEZ MONROY

25 Marzo 1914.

La fe del presente

¿CÓ no puede ser definido en la actualidad el sentimiento que vincula á los llamados fieles con su religión ó su Iglesia?

Nos referimos á los fieles que se reclutan en las clases sociales altas y medianas, ricas ó regularmente acomodadas, porque, en las clases inferiores, la independencia y hasta la conciencia de criterio y de acción están demasiado influidas ó por la escasa cultura ó por la impotencia económica, para que quepa ó para que interese un juicio sobre su exacto valor y su verdadero significado en materia de fe religiosa.

El ignorante, alfabético de veras, carece de valor mental, y lo que piensa ó lo haga en cosas de religión pesa tanto y vale tanto, cuando de medir la cultura de un pueblo se trata, como las vueltas que da alrededor del pozo la mala atada á la noria.

Las masas inconscientes, las recuas de animales, humanos sí, pero irracionales, que a mucha las procesiones y las peregrinaciones, es, si como número y como

volumen ocupa mucho espacio, no pesa un adarme en el platillo de la balanza con que se quiera apreciar el grado de la civilización en un momento dado.

Prescindimos, pues, de esas multitudes inconscientes, y atenderemos, en este nuestro estudio, únicamente al significado real de la religiosidad actual en las clases y personas que podemos reputar conscientes total ó parcialmente.

Tan enormes han sido los progresos que de medio siglo á esta parte se han alcanzado en la mayor parte de los pueblos habitados por la raza blanca, pueblos que son precisamente los que alardean de su civilización cristiana, que, salvo los habitantes de regiones lejanas á que no llegan sino con lentitud y con dificultad los destellos de la intensa civilización de nuestra época, todos los individuos de los núcleos sociales reciben el influjo del ambiente é iluminan cada día más su entendimiento.

Dijo Nakens cierta vez, y cantando como un himno á la piqueta con que durante su larga vida ha procurado demoler la obra del oscurantismo, que «la argamasa que la ignorancia y el fanatismo emplearon en sus construcciones, es dura como el diamante». Tuvo razón, pero esa argamasa pierde cada día algo de su consistencia, á medida que el progreso vigorosamente alimentado por la ciencia se ensancha y se difunde.

Vías férreas, navíos á vapor, correos, telégrafos, prensas rotativas, fotografía, cinematógrafo, máquinas tan perfeccionadas que parecen seres en uso de razón, todo contribuye hoy, á despecho de las religiones que maldijeron en su cuna á todos esos portentosos instrumentos del adelanto humano, á despejar la inteligencia de las brumas que la entorpecían, á diseminar placer y satisfacciones donde los sacerdotes no habían puesto sino tristeza y miseria.

A la resignación, hermana gemela de la esclavitud, á la pasividad y la inercia, fuentes de la indignidad y de la cobardía, á esos frutos amargos de sistemas religiosos que proclaman como máximas fundamentales el envilecimiento de la criatura humana, el odio á la vida, la grandeza y la majestad de un Dios raquítrico, caprichoso y vengativo, los pensadores y los sabios han sustituido, no con cuentagotas, sino á porfía y á manos llenas, recetas eficaces de goces físicos é intelectuales que embellecen la vida, disipan ó destruyen el dolor, ponen al alcance de todos la satisfacción y la dicha, que hacen, en una palabra, agradable la vida terrena que las religiones enseñan á odiar y maldecir.

Se objetará que aún hay enormes sufrimientos, infinitas injusticias, miseria demasiado generalizada. Así es, pero si se rememora que en un pasado, cercano todavía de nuestro tiempo, el dolor, la injusticia y la miseria eran el lote de la inmensa mayoría de los hombres, en tanto que hoy es el mayor número de éstos el que puede beneficiar de las conquistas de la ciencia y del arte, se verá la importancia del progreso alcanzado desde que la ominosa tiranía religiosa ha ido siendo sustituida con regímenes de libertad y de independencia.

Antes no se discutía ni se trataba siquiera de comprender ó de investigar el verdadero significado de las cosas en materias de fe, cuando menos por la inmensa mayoría de las personas. Sólo los doctores de

la Iglesia y unos cuantos de los discípulos que los seguían se engolfaban en largas é interminables, tanto como disparatadas é indigestas disertaciones sobre dogmas y preceptos religiosos. Los hombres verdaderamente doctos y sabios, si de tales cuestiones se ocupaban, tenían que hacerlo en el misterio y á hurtadillas, so pena de sufrir suerte parecida á la de Bruno ó de Servet.

La Iglesia gustaba iluminar el curso de su historia científica con antorchas lubricadas por el cerebro y por la sangre de los osados que tuvieran la cínica y diabólica curiosidad de leer en el libro de la verdad con otro lente que el que permitía y le suministraba el representante de la divinidad.

La masa popular, el rebaño guiado y espiritualmente sustentado por los pastores del templo, era enorme, incontable. De esa masa salían las huestes que arrasaban regiones enteras, que aniquilaban poblaciones completas para enaltecer la cruz de Cristo. De ese rebaño fueron los cruzados que exterminaron razas y arruinaron á media Europa para conquistar la supuesta tumba de un loco afectado de la monomanía de las grandezas, las que arrojaron de España á los únicos pobladores que haya tenido capaces de vencer á una naturaleza hostil cuando no ingrata; los que vinieron á América á exterminar y saquear tranquilas y felices naciones que, en Méjico, en Centro América y en el Perú, habían alcanzado ya una cultura y una prosperidad pasmosas para su tiempo, los que de Francia arrojaron, á fuerza de crueldades y de infamias, á la parte más inteligente, más laboriosa, más útil de su población, obligándola á pedir asilo á otros Estados.

Porque no hay gente más desalmada ni más feroz que la que recibe y acata las órdenes de los sacerdotes de una religión de intolerancia y de matanza como lo es la católica cuando dispone del poder y de la fuerza; ni, hay capitanes más bárbaros y más sanguinarios que los que, enarbolando la cruz, incitan á las multitudes á la destrucción de los infieles que no la venían como al signo de la fe única y verdadera.

El Librepensamiento

Aquí yace un español...

¡Qué pueblo este nuestro, tan igual siempre, tan contumaz, tan apegado á su tradición!

En cada aspecto de la vida de los españoles florece el espíritu burlón é irónico del famosísimo epitafio:

Aquí yace un español

que estando bueno quiso estar mejor

¿Sabe el buen lector á qué caso se refiere el epitafio célebre?

Yo se lo diré, se lo explicaré lo más ampliamente posible, para su mejor juicio.

Trátase, hermano, de un español, sangre de nuestra sangre y carne de nuestro cuerpo, que murió á consecuencia de un inveterado deseo de «curarse en salud», como también reza un axioma de nuestro jocundo refranero.

Hallábase nuestro hombre pletórico de salud; exuberante de vida; pleno de sangre, de facultades físicas, de glóbulos...

Pero quiso aún mirarse mejor, sentirse más bien, como si hubiese algo superior á lo más bueno, y cogiéndose á la farmacopea comenzó de tal modo y con tanto ahínco á medicarse, que al cabo de muy escasos días dió en la fosa con su antes pletórica, sana y pujante humanidad...

¡Un español con toda la barba, mi buen cofradel

Así somos todos los de la raza y así seremos eternamente, secularmente, mientras existamos en el mundo.

Como el español del epitafio nos comportaremos de por vida, y mirándonos bien, sintiéndonos á gusto en nuestra existencia, continuaremos haciendo lo posible por ver de amargárnosla y dar con ella, últimamente, en el tétrico osario de las necrópolis respectivas.

¡Y es la raza, esta raza nuestra tan versátil, tan contumaz para buscar su daño, tan apegada á la mala rutina!

Aquí yace un español

que estando bueno quiso estar mejor

¡Y se murió; entregó la vida, porque quiso mejorarla, sublimizarla en cuanto hace al aspecto del bienestar físico...

¿Surrenseme cuantas consideraciones anteceden á propósito de un anuncio que acabo de leer en las columnas de un periódico local:

«MATRIMONIO LOCAL, admitiría una señora para vivir en familia.»

Tal es el anuncio que me ha sugerido el comentario.

Ese matrimonio conoce, y siente sin duda, la triste soledad de que nos habla el poeta

*pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.*

¡Ah! pero ya verá lo que es bueno con la compañía de una señora en un matrimonio solo; ya lo verá, sintiendo sus efectos, si por acaso el marido es dado al «chicoleo» y la señora admitida no pasa de los cuarenta...

¿Qué necesidad tiene ese buen matrimonio de vivir una vida amargada por la presencia de una señora?

¡Español, español de pies á cabeza, de cabo á rabol

No se comprende el anuncio y sin embargo, es cierto, evidente. Yo lo he leído, y como á mí habrále sucedido á todos los cordobeses que estorbe lo negro.

¡Un matrimonio, que sin duda vivirá tranquilo, anhelando meter el infierno en casa! ¡Somos incorregibles de todo punto!

Nada, lectores, lo dicho:

Aquí yace un español

que estando bueno quiso estar mejor.

ESPAÑITA

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

**LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una popa.**



Graciosa caricatura [de "La Fusta", semanario de Sevilla, qpresenta uno de los aspectos de la idolatría en España.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior.....	6546'10
Concepción Alegret y José	
Grau Carlos (Salas).....	5'00
Luis Bernardas (idem).....	2'50
V. Suárez Deveau (Bilbao)..	3'00
Lorenzo Latorre (Chiva)....	0'50

Suma y sigue..... 6557'10

Un sacerdote honrado

El arcipreste y párroco de Visso (Italia) D. Pedro Pericoli, que bajo el hábito clerical llevaba un corazón de carne como todos los hombres, sean sacerdotes ó laicos, se enamoró un día de cierta señora, contrajo con ella un matrimonio secreto, y de aquel enlace nació una niña.

Dado este paso, este clérigo pudo muy bien seguir el camino de tantos otros, seguir disimulando ante el mundo una castidad que no observaba, y procreando hijos en el secreto de unas relaciones sacrílegas.

El párroco de Visso no ha procedido así: con una valentía heroica que le honra y que le ha conquistado las simpatías de todos los hombres rectos, se ha dirigido á sus superiores, confesando lo que en la Iglesia se considera un crimen, aceptando las consecuencias de los actos que ha realizado, y abandonando el sacerdocio en el cual no le es lícito poseer una familia y un hogar honrados.

En la carta que ha dirigido á su prelado, el obispo de Norcia, Mons. Escolano Marini, hay párrafos tan sinceros como conmovedores. Citaremos algunos:

«Mis buenos padres, viéndome dotado de un temperamento demasiado abierto y sincero y muy inclinado á la caridad y á la compasión de los desgraciados, me encaminaron al sacerdocio persuadidos de que en una religión la cual ponía como base de todo la caridad y la sinceridad, hallaría yo la satisfacción plena de todos mis deseos y aspiraciones y resultaría inmune de los engaños y falsedades de la vida. Así pensaba mi padre. ¡Pobrecillo! Ignoraba él que el clero, hechas las debidas excepciones, es la casta que menos posee la sinceridad recomendada por Jesús, la clase más alejada del espíritu de Cristo, que es espíritu de caridad y de libertad. El comprendía que á mi natural afectuoso, inclinado al amor y á la familia, sería más tarde imposible absolutamente la observancia del celibato. ¡Cuántas luchas inútiles, Monseñor, cuántos sacrificios ignorados me cuestan diez años de celibato heroicamente observados!... Me cuestan además la salud, que ya no poseo...»

Después de diez años de lucha, este sacerdote se da por vencido. Ama, es amado, y procrea.

Su deber es manifestarlo así á sus superiores, y lo hace, abandonando el hábito y su ministerio, aunque no la fe.

¿Cuál debía ser el deber de sus superiores? Decirle: «Habéis obrado como un hombre honrado: alejados del santuario y cumplid vuestros sagrados deberes de padre y esposo con esa niña y esa mujer.» Pero esto no lo puede decir la Iglesia, y por eso el obispo de Norcia, el cardenal Vicario de Roma, y el Papa Pío X, á tan noble determinación le han hecho una propuesta realmente indigna, que si es aceptada por muchos miserables, no lo ha sido por el párroco de Visso. Oigámosle:

«Me duele mucho, Monseñor, causarle este disgusto, pero, por encima de las leyes canónicas y de las conveniencias sociales, las unas y las otras con demasiada frecuencia en contradicción con las leyes de la naturaleza y del evangelio, está mi conciencia, cuyos dictámenes yo no desoiré jamás. No crea, Monseñor, que soy un ingrato, porque no acepte sus proposiciones, y las del cardenal Vicario, que por indicación de Pío X me ofrece en Roma un *modus vivendi* para cohonestar mi posición actual. No, yo le agradezco de todo corazón que S. E., el cardenal Vicario y Pío X se hayan dignado ocuparse de mí en tal sentido; pero no puedo aceptar en modo alguno su oferta, porque esta oferta no da á mi esposa, á mi hija y á mí un pedazo de pan, y una posición clara, digna, y correcta, y esto vale y significa para mí más que el pan.»

He aquí el proceder de la Iglesia. El Papa, el inspirador en el campo moral de toda la cristiandad frente á un pesebre y á un marido que quiere cumplir con su deber le hace una propuesta de ochavos. El *modus vivendi* que la rectitud papal encuentra es pagar á la madre y á la hija, como se pagan las mujeres públicas, destruyendo, con el fin de salvar los intereses de una carta y evitar el escándalo, una familia ya constituida ante Dios. Para ella nada significan la dignidad, la desolación de una mujer abandonada, el honor de una hija por el arroyo, el que un hombre conculque los más sagrados deberes. No, lo esencial, lo que está sobre todo es que se salven los prestigios de una clase que profesa la observancia aparente de una castidad absurda, que en el secreto ruge, se desencadena, y comete toda clase de atropellos, vindicando á la Naturaleza, cuyos instintos se quieren ahogar en una lucha tan dolorosa como imposible.

El caso del párroco-arcipreste de Visso por lo raro, insólito y heroico bien merece que sea divulgado y conocido.

FRAY GERUNDIO.

Instrúyete, agricultor

Obrero del campo: Debes de pensar lo que eres, lo que defiendes con tu fatigante y rudo trabajo, y mirar lo poco que percibes y cuáles son tus productos.

También debes poner todos tus medios en instruirte en vez solamente de trabajar los campos, porque cuanto más te instruyas, más extensamente verás cuáles son las riquezas producidas con la fuerza de tus brazos y el sudor de tu frente.

Comprenderás que eres muy mal respetado por tus burgueses; que con tu trabajo produces los principales elementos del mundo; que enriqueces los terrenos, y que de todo cuanto produces nada es para tí y sí todo para quien nada produce, nada trabaja y sólo medita tenerte esclavizado en una vida miserable, procurando engañarte con un jornal mezquino, que de nada te sirve para el sustento de tus propias necesidades.

Tienes que tener tus hijos menores de edad abandonados por la población sin poderles dar enseñanza, entregándoles á una vil explotación, como también tu mujer; y de todo tú eres el culpable, pues uniéndote con tus compañeros de infortunio y formando una fuerza de unión con grandes y potentes sindicatos, ganarás todo cuanto necesitas para vivir.

Piensa que los explotados sólo tenemos un camino á seguir: el de unirnos para rebelarnos contra la burguesía.

El Sindicalista.

Villanueva y Geltrú.

Los Papás de doña patria

Cuéntase que Renan presentaba su candidatura por no sé qué distrito, y daba reuniones públicas para explicar á la masa popular, á fin de ganar su simpatía y por ende sus sufragios, su programa político. Pero en cada mitin, después que el sabio insigne exponía sus ideas, una voz surgía invariablemente preguntándole:

—¿Y qué piensa el candidato de la cuestión de Madagascar?

Callaba Renan, desconcertado, ante esa enigmática pregunta.

Efectivamente, nada pensaba respecto á Madagascar, porque hasta entonces no había surgido en Francia el propósito de conquistar la isla.

Nunca pudo saberse quién era el anónimo interpelante, pero esa sola pregunta, insistente é impertinente, determinó la derrota del candidato.

Si le saliera á casi todos los diputados españoles un ciudadano que les preguntara cada vez que reclamasen votos, no ya lo que pensaban sobre una cuestión extranjera, sino sobre el más insignificante problema nacional, muchos dejarían de ser elegidos.

Porque quitando cuarenta ó cincuenta entre todos los partidos ¿quién se entera siquiera del nombre de los demás que vienen al Congreso?

Ni siquiera el ministro de la Gobernación: los caciques que los nombran y hacen que salgan elegidos para que sirvan á sus fines, reprobables casi todos, son los únicos que lo saben.

Así está España.

La cruz de Cristo

Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos
seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA
NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

nes que dicen cada año los regulares, que tasados á 25 pesetas, hacen 9.000.000 (1).

Te Deum, fiestas de desagravios, de acción de gracias, bendiciones, etc.—El nacimiento de un príncipe, la entrada del rey en una población, la botadura de un barco, la inauguración ó fin de una obra pública, el desahato cometido por un atolondrado ó criminal, la bendición de un automóvil y tantos otros sucesos, originan una de estas manifestaciones de la Iglesia, cuyo importe no es pequeño. Calculando serán 3.000, y á 100 pesetas, suman 3.000.000. En estas y en tantas otras solemnidades entra mucho el gasto de la música, cera, exornos, etc., que no va al bolsillo del clero, pero que no por eso deja de gastarse.

Novenas, triduos, flores de Mayo, Semana Santa, procesiones y rogativas.—¿En qué templo no se celebran cada año una veintena de estas costosas funciones? El año nimo de 1820 aseguraba, que además de las catedrales, colegiadas, parroquias y conventos, existían en España 22.238 iglesias; no son hoy muchos menos; mas para no aparecer exagerado, supongo que las en que se verifican estas solemnidades son sólo las 20.664 parroquias y 2.000 más los los templos no parroquiales, y habiendo en cuenta que algunas duran un mes, otras nueve días y que en todas se hace derro-

(1) *Precio de los sermones.*—Si en muchas partidas el Mensaje se queda corto, en esta pasa á ser largo. El precio ó limosna de los sermones, no sale, uno con otro, á 25 pesetas: oscilará seguramente entre las 15 y las 20. Hay sermones de 10 pesetas: la mayor parte, son á 15; sólo un corto número rebasa el importe de 25 pesetas. Los de 50 son ya palabras mayores.

En cambio, al coste del sermón hay que añadir la *costa* del predicador, de viajes y manutención, y, con respecto á este total, el cálculo es corto. Ni debe omitirse aquí el coste de las Misiones y ejercicios espirituales.

Esta industria tiene los siguientes gajes:

1.º Los encargos de misas que para su orden recogen los misioneros en el confesonario de los devotos que repitan al religioso más virtuoso que al clero de su parroquia.

2.º Las vocaciones de monjas y frailes que despiertan en los herederos en perspectiva.

3.º Las comisiones para reparación de daños recibidas de los penitentes.

4.º El precio ó limosna de la misión, que oscila entre 250 pesetas por pareja, como premio mínimo, y 1.000 pesetas como premio máximo, según la categoría de las parroquias.

Es costumbre en Castilla pagar estas misiones por mita; la parroquia, con cargo á la fábrica, y la otra mitad el obispado, de los fondos secretos de misiones, donde los hay especiales para este caso, ó del de obras pías.

En cada obispado pueden calcularse dos parejas de misioneros; y cada pareja puede dar cómodamente diez misiones de diez días cada tanda, que á razón media de 500 pesetas, salen á 5.000 pesetas líquidas por este solo concepto.

che de cera y de ostentosas, no es exagerado tasarlas á 100 pesetas; las procesiones cuasemaes de Sevilla cuestan muchos miles de duros. Y siendo 252.880, suman 15.298.000 pesetas. El calculista de 1820 hablaba de 15.000 cuasemas á 500 reales, equivalentes á 75.000.000 de reales.

Santos Patronos.—Toda parroquia, iglesia, convento y ermita tiene su santo titular y lo tienen España, cada diócesis, cada pueblo y en no pocas localidades dos ó tres; siendo 40.000 al menos, á 100 pesetas, hacen 4.000.000: el calculista gaditano las hacía ascender á 20.361.600 reales, suponiendo en cada una un gasto de una onza, ó 320 reales.

Bulas.—El hombre civil agraciado con un sueldo ó con un ascenso, por reglamento que sea, paga un título administrativo, sin el cual no puede cobrar, y derechos de cuantía satisfacen el honrado con una distinción, desde la modesta cruz de una Orden hasta el Toisón de Oro: los nombramientos de cardenal, arzobispo y obispo se otorgan por el papa, y como éste percibe por su gracia buenos derechos, á fin de que le salga gratis al agraciado, la nación subviene á su pago: los más altos nombramientos pontificios nada les cuestan, pues, á los nombrados, pero sí á la nación.

Las gentes no se fijan en lo que importan estos y otros llamados favores pontificio; mas estudiados severamente en los días de la revolución de 1820, se averiguó que desde 15 de Septiembre de 1814 hasta 2 de Septiembre de 1820 salieron de España sobre 1.250.000 pesetas sólo para bulas de obispos y abades, y más de 6.000.000 por dispensas matrimoniales; cuyo precio sube ó baja en razón á los reparos que oponen los cánones, pero no el trabajo de otorgarlas, igual en todos los casos, con la particularidad de que habiendo repetido el papa Pío VI que las dispensas no debían darse sino *raro ex causa et gratis*, existía como sigue existiendo una tarifa escandalosa, en favor de la parroquia, del obispado y claro es, del Vaticano.

Algo deben haberse modificado las prescripciones de la Santa Sede respecto á este y otros particulares; más aún subsiste la obligación de satisfacer sumas no despreciables por los conceptos intitulado, exenciones, reglas de cancelaría evocaciones de causa, admisión de apelaciones, gravamen de juicios, imposiciones de tributos, anatas, quinquenios, bancarías, casaciones, fábricas de San Pedro, comendadas, reducciones, regresos, expectativas, manifiestos de providendo, coadjutorías, pensiones, caballeratos, derechos de bendecir, salarios, angarias, procuraciones, equivalentes, propinas, comunes, minutas, servicios, expolios, vacantes, tercias, décimas, contribuciones honestas, socorros cristianos, encomiendas de monasterios, administración de obispos, secularizaciones, uniones consagraciones, desmembraciones, resignaciones *in favorem*, vacaciones *in curia*, afecciones, subsidios, excusados, gracias, millones, y probablemente alguna retribución por el derecho de respirar dentro del Vaticano; que así está situado en aquel admirable centro del catolicismo, el arte de que no vuele una mosca sin pagar derechos. Bien puede calcularse en 6.000.000 de pesetas lo que España envía cada año al Papa por las zarandajas de dispensas, bendiciones, absoluciones *in articulo mortis*, permisos para altares do-

mésticos y lo que se queda en España por bulas de difuntos, de la Santa Cruzada y de la cecidinos. Los cálculos de 1820 las tasaban en 32.500.000 reales, sin contar las bulas de difuntos y otras (1).

Dinero de San Pedro y peregrinaciones.—Tienen ambas devociones sus alzas y bajas y corresponden á aniversarios célebres y jubileos, alguna vez decretados para ayudas de costa. Seguramente, aun en los años de mayor modestia, los viajeros á Lourdes, Virgen del Pilar, de los Desamparados, etc., y lo que se envía para el dinero de San Pedro, no baja de 4.000.000 millones de pesetas. Una peregrinación de 1.000 devotos significa un gasto de 250.000 pesetas por lo menos (2).

Palacios episcopales y casas de canónigos y parroquiales.—Disfrutan habitación gratis los arzobispos, obispos, abades, deanes, buena parte del clero catedral y colegial, párrocos y coadjutores y todos los párrocos y capellanes de monjas. Alguno de los edificios que ocupan son dignos de reyes, y aun cuando humildísimos los habitados por muchos curas de aldea, siempre son de los mejores de la población y casi todos tienen un pequeño huerto. Si los palacios episcopales pagaran alquiler, llegaría éste en algunos á muchos miles de pesetas; por no tenerle propio los obispos de Vitoria y Pamplona, el Estado satisface anualmente 4.080 pesetas.

A la pregunta de la Junta de Estadística, ¿cuántos edificios posee la Iglesia, además de los templos, catedrales y parroquiales?, sólo contestaron 19 prelados, y éstos manifestaron ascendían á 1.634; ¿cuántos más no serán los correspondientes á las otras 44 diócesis? De estas ocultaciones tienen la culpa los liberales, que no aprovecharon

(1) *Gajes pontificios.*—En la enumeración de gajes pontificios del Mensaje han escapado muchas gabelas creadas por el genio mercantil del Vaticano en nuestros últimos tiempos. El *Dinero de San Pedro* tiene en cada *Boletín Eclesiástico* abierta una suscripción permanente, cuyo balance anual sirve para tasar en Roma las virtudes, celo y capacidad episcopal, para el progreso en la carrera. El obispo de la diócesis más pobre no se atrevería á acudir á Roma con un giro anual menor de 5.000 pesetas. Si tasamos el promedio á 10.000 pesetas, tenemos por este concepto un ingreso de 630.000 pesetas al año, por lo que hace á España, cifra que seguramente es rebasada en los libros de cuentas del Vaticano.

(2) *Titulos pontificios.*—Este es un título de la industria pontificia. Aunque los agentes de preces tienen señalado arancel fijo, para obtener tales títulos se necesitan obligaciones secretas, inasequibles á la investigación pública.

Estos *titulos pontificios* son reconocidos por el Estado español como *titulos del Reino*; de modo que el Papa comparte este eminente derecho de soberanía de otorgar ejecutorias de nobleza española sin que el Estado ni la Nación puedan intervenir tales excohenes. Sale un ricachón de España hecho un don-nadie y regresa hecho un excelentísimo señor duque.

Noventa títulos de esta clase constaban ya en 1903 en la *Guía Oficial*, príncipes, duques, marqueses, condes, vizcondes y barones, sin contar los otros titulos de menor cuantía.

Y como nota final de este comentario, convendrá poner la lista de precios de los agentes de preces á Roma, que andan de mano en mano, y que son, como todo, una tela de araña de un nuevo misterio.

(Continuará)

Los siervos

por

ROBERTO ROBERT

al de los conejos bicolores en cuanto á las orejas, y los procesos solían terminar con que el señor se quedaba con las tierras del vasallo.

* *

Ahora que lo recuerdo, debo decir para ser justo que, si bien había rigor en lo de no consentir matrimonios desiguales, hubo también consideración para algunos que los contraían.

Así, cuando la mujer noble perdía su nobleza al casarse con un plebeyo, podía recobrarla de un modo muy sencillo á la muerte de éste.

No tenía más que coger una alabarda y echársela al hombro, y dirigirse á la iglesia donde estaba enterrado su marido, y dando con la punta de la alabarda en la losa sepulcral, decir estas palabras al muerto: «Villano, guarda tu villanía, para que yo recobre mi nobleza.»

Y en seguida la sangre se le volvía tan azul como el día de su nacimiento.

Sucedía entonces que, como el siervo era una propiedad, convenía mucho que los de la Iglesia no se casaran de modo que sus hijos fuesen libres, en cuyo caso, siendo de los pobres los bienes de la Iglesia, se habría defraudado á los pobres de la propiedad de los susodichos siervos.

Pero á todo se atendía de tal modo, que siempre el siervo y sus hijos pudiesen saber positivamente á quién pertenecían.

Hay un caso curioso sobre ese género de pertenencias.

¿Lo cuento?

* *

El obispo de París, gran siervo de Dios, tenía varios siervos.

El abad de San Germán de los Prados, no menor siervo de Dios, tenía también sus siervos correspondientes.

Y como suele suceder en esos casos, uno y otro señor tenían siervos de ambos sexos.

A pesar de lo que se ha declamado contra el rigor y la tiranía de aquellos tiempos, es lo cierto que á los siervos no se les prohibió nunca el amarse ni casarse unos con otros.

Si una zorra, una liebre, un animal dañino devoraba la res, la gallina ó los sembrados del siervo, es claro que éste no podía matar á aquel animal, porque no era suyo, sino del señor, y por consiguiente, debía tener un poco de paciencia, cuyo ejercicio es gran virtud, y esperar que el señor cazara la pieza, si era de su agrado; pero repetimos que podía amar, sin que la ley le pusiera el menor obstáculo.

Ahora se verá por qué digo esto.

* *

Sucedió, pues, que un siervo del abad de San Germán de los Prados vió á una sierva del obispo de París y se enamoró de ella.

Hizo más: le declaró su amor en términos honestos, y viendo ella que el siervo iba con buen fin se dejó requerir y consintió en el matrimonio.

Entregáronse uno y otro á gratos transportes, poetizaron el porvenir allá á su manera y acordaron legitimar la unión de sus corazones al pie de los altares.

Pero en medio de su alegría...

No: digámoslo de otro modo.

A medida que se iba acercando el día de la boda, iban creciendo el gozo y la impaciencia en los amantes; mas cierta noche en que él hacía mil castillos en el aire sobre su futura dicha, le asaltó una duda que le quitó la alegría y el sueño.

Al día siguiente, después de cumplidos sus deberes para con Dios y con su señor, fué muy cariacontecido á ver á su novia, y le dijo:

—Santas y buenas tardes, mi querida Odelina.

(La historia ha conservado el nombre de la sierva, y por él se ve que á los de su clase hasta se les permitía el uso de nombres bonitos.)

—Santas y buenas, le contestó ella.

—He pensado en ti (dijo él) toda la noche...

(Odelina bajó los ojos, en mi concepto.)

—He pensado en nuestro amor, en nuestra próxima unión, y en que si el cielo la bendice...

(Odelina adivinó el final y se puso encendida de rubor, según creo. El prosiguió diciendo):

—Si el cielo la bendice, nuestro hijo será muy hermoso, se parecerá á ti...

(Entonces no había espejos, ni los siervos se miraban á cosa alguna, por cuyo motivo Odelina se limitó á desear verse.)

—Pero, añadió el amante, nuestro hijo va á ser muy desgraciado, porque ni podrá ser siervo del abad de San Germán, á quien tú no perteneces, ni del obispo de París, á quien yo no pertenezco. Por ser hijo mío debería ser su dueño el que es mi dueño; pero por ser hijo tuyo debería ser propiedad del que es dueño tuyo. Nuestro desgraciado hijo no tendrá ningún amo: nuestro no puede serlo, porque para que se cumplan los designios de la Providencia, nosotros los siervos no podemos poseer cosa alguna, y menos cosas como son los hijos, que tienen su alma inmortal y reciben la gracia del bautismo; nuestro hijo no pertenecerá á nadie ni hallará tierra que le sustente. ¿Qué será de él?

Calló el amante siervo, á quien la simple idea de su posible paternidad había inspirado tan discretos razonamientos.

Odelina, al verle callado, alzó los ojos al que entonces era azulado firmamento, y hoy por desgracia ni es firmamento «ni es cielo ni azul», y dijo:

—Temo que hayamos traspasado nuestros deberes discutiendo tanto. El discutir, amigo mío, sólo es propio de se-

ñores: nosotros debemos tener confianza en Dios y en sus ministros, que no nos dejarán sumidos en la amargura, y, no lo dudes, sabrán hallar un cristiano medio para que nuestro hijo sea de alguien. Yo tengo fe, y estoy segura de que el fruto de nuestra unión, antes de nacer, tendrá bien asegurada la servidumbre que le corresponda. Esta noche misma consultaremos el caso, tú con tu dueño el abad, yo con mi dueño el señor obispo. Una vez secreta me dice que el hijo de nuestro amor tendrá dueño.

En efecto, aquella noche misma se consultó el caso en el obispado y en la abadía, y fué considerado como caso grave.

En una y otra parte se meditó seriamente el negocio: ¿de quién debía ser siervo el hijo de dos siervos que eran respectivamente de dos amos?

En el obispado se inclinaba la gente de letras á que el futuro siervo debía pertenecer al señor obispo, porque éste era el dueño de Odelina; el vientre sigue á la madre; y si el vientre de ésta era del obispo, episcopales debían ser los frutos.

En la abadía prevaleció la opinión opuesta, fundada, no sin razón, en que el sexo del siervo del abad era el que prevalecía.

—Bien considerado, decía el teólogo, la mujer no existe *á se*; fué formada de una costilla que era del hombre, y en este concepto es parte del hombre, y los hijos son producto de esta parte; y si bien considerados *inmediate* en cuanto á su formación material son fruto que emana igualmente del padre y de la madre, considerados *mediata*, sólo del padre emanan; pues la que los concibe es carne de la carne y huesos de los huesos del varón: aquí el varón es propiedad del abad; *ergo* el fruto mediato é inmediato del siervo al abad pertenece.

No pudieron ponerse de acuerdo aquella noche las opiniones de los que trataban tan espínosa y delicada materia; eran menester luces superiores para ponerla en su punto, y así fué menester que el obispo y el abad celebrasen una conferencia, como lo verificaron.

Razón tenía Odelina: el obispo y el abad dieron muy pronto con una solución la más sencilla, y estipularon que los hijos que naciesen de aquel matrimonio, pertenecerían la una mitad al obispo y la otra al abad.

De lo cual se hizo un contrato en toda regla, contrato que á su tiempo fué ratificado por el sumo imperante el Sr. D. Luis VII de Francia.

Odelina y su esposo se tranquilizaron y se casaron.

Cuando Odelina se hallaba en cinta, su esposo la preguntaba unas veces: ¿Cómo está el siervo del señor obispo, ó del señor abad, que por merced de Altísimo has concebido? Y si ella quería cometer algún exceso en el trabajo ó exponerse á quebrantar su salud, él le decía: No, no

(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID

En fin, una fiestecita más para regenerar el país y desarrollar su vida económica, á fin de que se vaya rehaciendo de esas pequeñas pérdidas sufridas durante los tres años últimos en las guerras coloniales.

No sé qué dirá de esto el impío Ives Guyot, que hace poco escribió:

«España es la nación más católica del mundo y sujeta á una dirección de fuerza. No se decide á hacer nada sin el permiso de su confesor, ó pensando en la absolución que tendrá que pedirle. Lejos de tener espíritu crítico, y tratar de darse cuenta de las cosas, se resigna al misterio y cree en el milagro.

Reemplaza el esfuerzo personal por rezos y plegarias. Pide *gracia* y desprecia la *justicia*. Estos hábitos constituyen un estado mental que se manifiesta en todos los actos de la vida »

Todo eso lo dijo ese franchute por envidia que nos tiene. Mas si cree que por esto vamos á incomodarnos, se equivoca.

¡Rezar! ¡creer en los milagros! ¿Hay nada que ennoblezca más al hombre?

Que rabien los extranjeros. Mientras ellos pasan el tiempo en esas tonterías de la ciencia, el progreso, la industria, etc., nosotros rezando, confesando y pidiendo á Dios que nos lleve pronto á su seno; y como además no perdemos tiempo en comer, dedicamos casi todo el día á tan útiles ocupaciones.

¡Sí, que rabien, que rabien!

1899

El invierno y los templos

Se nos ha venido el frío encima á más andar, y á estas horas varios párrocos se preocupan de poner sus establecimientos en con-

diciones de abrigo. Al mismo tiempo que tapan rendijas, sacan de la cueva los rollos de esteras para cubrir el frío pavimento.

En algunos templos no se estera; se extienden por el suelo unas cuantas docenas de ruedas, que las beatas se disputan con más afán que si fuesen indulgencias plenas, y los llevan arrastrando de uno á otro punto de la iglesia.

El curioso el ver á dos devotas ocupando un mismo felpudo, y acechándose mutuamente para en cuanto la compañera se levante un momento, cogerlo, é ir á usufructuarlo exclusivamente en el rincón más abrigado de la iglesia. Entonces es ella.

—Señora; vuelva usted á poner ese rueda donde estaba, que antes que usted lo había ocupado yo, y únicamente por condescendencia la dejé que se pusiese también en él.

—Pero como usted se ha ido á la sacristía...

—A preguntar á qué hora dice la misa D. Crisanto.

—Como si fuese usted á cualquiera otra cosa. El rueda lo necesito yo para irme al altar del Cristo de los Afligidos.

—¡Jesús, qué personas de tan poca educación vienen á la iglesia!

—Y que lo digan ustedes, señoras, interrumpe el sacristán, que ha acudido al ruido de la pelotera. ¡Qué repoquísima... consideración tienen ustedes! ¡Escandalizar así en la casa de Dios! Si yo fuera el señor cura, dejaba el suelo más limpio que una patena.

—O que un cepillo; que para eso ya se da usted maña.

—¡Señora!... ¿quiere usted apostar á que la cojo de un brazo y la pongo en la puerta?

—¿A mí, que soy hermana de la Virgen y he tenido catorce años en mi casa á don Cirilo, el teniente de sacramentos? Ya se lo diré para que le dé á usted un recorrido. ¡Habrás visto el grosero!

—¡Habrás visto la... esa!

Para evitar estas escenas, la mayoría de los párrocos esteran todo el templo, y hay algunos que miran tanto por la comodidad de sus feligreses, que hasta ponen estufas-caloríferos.

Excusado es decir que estos templos son los más concurridos. Hay devoto que se arrima á la estufa, y entre el calorillo de la fe y el del aparato se entrega al más beatífico sueño.

Estos abonados á estufa y sueño son terribles. Hay que echarlos casi á escobazos cuando llega la hora de cerrar la iglesia.

—¡Se está tan bien aquí, decía uno de ellos, cuando no hay brasero en casa y el sol calienta poco en la calle!... Si lo dejaran á uno asar unas castañitas, estaría en la gloria.

Contra esos aficionados á dormir al calor de las estufas santas, un sacristán ha ideado un medio que le da excelentes resultados.

En cuanto ve cabeceando algunos devotos junto al aparato de calefacción, abre disimuladamente una ventana contigua, por la que entra un frío de dos mil demonios: entonces se inicia en el grupo una escena muda de arropamiento, restregones de ojos y estirones de brazos, y en seguida todos se declaran en vergonzosa fuga.

¡Cualquiera resiste aquel despertador automático de aire sin comprimir! ¡Cualquiera espera tranquilo una segura pulmonía!

1883

¡Arsa y ole!

Gran concierto en la iglesia de Maravillas. ¡Viva el lujo y quien lo trujo!

Mal año para los que se empeñan en que las funciones religiosas sean serias y solemnes, en que se destierre la pornografía de los templos, en que no se exhiban imágenes adefesios y en que las señoras no asistan con galas mundanas; cosas todas imposibles de remediar, y más aún la de que no se les eche á todas horas y en mil formas el ¿quién vive? á la bolsa de los devotos.

¿No comprenden que, si ésto fuera así, sólo parecería por el templo alguna que otra vieja inservible para las faenas del pecado? Van, porque en ellos encuentran espectáculos excitadores para los sentidos, satisfacciones para la vanidad y algún que otro valiente descarriado que aliquando se permite echarles un piropo.

¿Que los curas no debieran consentir tales abusos? Si eso les produce dinero, ¿qué han de hacer? ¿Acaso se han rapado la coronilla para pasar privaciones?

En el concierto hubo chicoleos, y apretoncitos, y los consiguientes desmandamientos.

¡Voto á cien pares de demonios, y de cuantas cosas de rechupete me he privado en mi vida por la fatal manía de no frecuentar las iglesias! A no ser porque ya estoy mandado recoger, menuda devoción la que iba á en-

trarme. No saldría del templo más que para comer y dormir.

¡Qué falsa idea se tiene de las cosas! Yo creía que al templo se iba solamente á orar, á pedir por las almas del Purgatorio, á elevar á Dios el corazón, y por esto no pasaba ni por la acera de enfrente.

¡Ay! ¡Siempre se saben tarde las cosas! ¿Por qué no se vivirá dos veces, y la última con la experiencia adquirida en la primera?

Pero, nada; ya no hay remedio; dejaré que se diviertan en los templos los cucos que á tiempo cayeron en la cuenta, en tanto que yo suspiro ó rabio de envidia, según caen las pesas.

1896

Innovaciones

En la iglesia de San Ginés han puesto luz eléctrica; es lo que, según fama, hace falta en aquel templo: mucha luz y mucho ojo. Pero ¡ay! la han mistificado y reducido á su más mínima expresión.

Nada de *arcos voltaicos ni potentes focos*. Allí no hay más que cuatro lucecitas de mala muerte, que sólo sirven para hacer visibles las tinieblas; no sostienen competencia ni con las velas y las lámparas que aún arden en los altares.

No podía ser de otro modo. Ilumínese una iglesia con mil bujías nominales, y desertan de ella todas las beatas viejas y feas, es decir, la mayoría.

Ninguna quiere exhibir su horrible y apergaminado rostro á los vivos resplandores del precioso invento, y luego, ¡convida

tanto la dulce semioscuridad á la meditación y... al sueño! Como que hay damas de esas que ha hecho voto de no dormir nunca la siesta más que en el templo,

Y tienen razón. Me río yo de las columpiadoras hamacas y las indolentes mecedoras! Donde esté un banco de una iglesia fresquita en verano, que se quite todo.

Mas volviendo al asunto, ello es que esa innovación, aun hecha vergonzosamente, está llamada á transformar las prácticas piadosas. El día que los devotos se convenzan de que no son indispensables la cera y el aceite para el culto, ¡adiós ganancia de sacristanes!

En vez de llevarles, como ahora, sendas alcuzas y macizas velas, les llevarán carbón de piedra para alimentar las hornillas de los dinamos, que ni siquiera les servirá para combustible en sus modestos fogones.

En lo sucesivo, además del *Manual de sacristanes*, tendrán que aprender un curso abreviado de electricidad. Si no, ¡cualquiera les va á ellos con los tecnicismos científicos del nuevo alumbrado!

—¿Sabes lo que son *volts*, lo que son *amperes*?, pregunté ayer á uno del ramo. Y me contestó con la mayor buena fe:

—¿*Amperes*? ¿*Volts*? No sé lo que significan esas palabrejas latinas; lo veré en un diccionario viejo que tiene el párroco.

Hay que elevar el nivel intelectual de los futuros sacri-electricistas, olvidándonos de aquel famoso pareado:

«Los inventos del siglo diecinueve no son para tratados por la plebe.

1893.

Cilicios coquetones

Entre los objetos que sin pagar contribución venden las trinitarias de la calle del Marqués de Urquijo, figuran los siguientes:

- «1. Cilicio de alambre de 20 centímetros de largo por 4 de ancho (para el brazo), 50 céntimos; *forrados con badana de color y cinta de hilo*, 75.
 2. Cilicios de alambre de 25 centímetros de largo por 6 de ancho, 75 céntimos sin forrar; 1'25 forrados.
 3. Cilicios de alambre de 35 centímetros de largo por 5 de ancho, 1'25 sin forro y 2 pesetas forrados.
 4. Cilicios de 35 centímetros de largo por 7 de ancho, 2 pesetas sin forrar y 3 forrados.
 5. Cilicios de cintura, de 50 centímetros de largo por 4 de ancho, 3 pesetas sin forrar y 4 forrados.
 6. Cilicios de 60 centímetros de largo por 6 de ancho, 4 pesetas sin forrar y 5 forrados.
 7. Candenillas de medio metro, 0'30.
 8. Cilicios para la espalda, de 15 centímetros de largo por 10 de ancho, 1 peseta sin forrar y 1'50 forrados.
 9. Disciplinas de cuerda, *forma española*, 2'50 pesetas.
 10. Disciplinas de cuerda, *forma francesa*, 3 pesetas.
 11. Disciplinas de cuerda, *forma torneada*, 2 pesetas.
 12. Disciplinas de *hierro lisas*, 2'50 pesetas.
 13. Disciplinas de *hierro rizadas*, 3 pesetas.
- Cuerdas ásperas de nudos para la cintura, 0'50
Ceñidor de esparto áspero, 1 peseta.»

Preseindo de la explotación que llevan á cabo esas hermanas, para pensar sólo en las simpáticas pecadoras que usan esos artefactos. ¡Cómo tendrán las carnes las pobrecitas de mi alma! Verlas desnudas será un horror.

Y lo más triste es la consideración á que me lleva la noticia de esos tormentos. Cas-

tigar de tal manera al cuerpo, hospedaría del alma, supone algo que indudablemente no favorece al picaruelo; y como martirizarlo no es plato de gusto, se impone la afirmación de que, cuando ellas lo hacen, lo tendrá él bien merecido.

Esto no obstante, me permito rogar á las beatas que sean indulgentes con su vil materia; pues si con ayunos la debilitan, con castigos la extenuan y con cilicios la maltratan, va á creerse obligada la infeliz á presentar la dimisión, y adiós entonces los ratos dulces que en esta vida deleznable le esperan aún.

Si bien sospecho que eso de los cilicios será una forma nueva de esgrimir el arma de su encantadora coquetería. ¡Que hombre resiste á esta frase, pronunciada por labios sonrosados y adornada con un monísimo mohín: «Mira, mira lo que tengo ahí para martirizarme, si no me quieres mucho!»

¡Son tan ingeniosas las beatas, para hacer contribuir á sus gustos hasta los instrumentos de tortura!

1904

San José, arquitecto

Hasta ahora conocía (aunque no lo trataba) como santo y como carpintero á mi tocayo: las *Hermanitas* de San Benito, de Calatrava, me lo han hecho conocer como arquitecto.

Observaron varias averías en el edificio que ocupan, y quisieron repararlas; mas no

poseían un céntimo, y los creyentes dinerosos andaban escamados.

¡La estación fría, el cielo triste, los bolsillos cerrados!... O hay que aguzar el ingenio, se dijeron, para agenciarnos *luz*, (*parné*, dinero) ó vamos á tiritar de frío y quedarnos á oscuras.

Reunidas en consejo, dieron vueltas y más vueltas al asunto, hasta que una de ellas tuvo una idea luminosa.

—¡Nos hemos salvado!, exclamó regocijada. Hay que hacer un cartelito: yo lo dictaré, y el demandadero lo escribirá; ha sido ayudante de memorialista y tiene buena letra.

Y en efecto, llegó el pendolista, y la Hermana *inspirada* le dijo:

—Escriba usted en ese cartel lo siguiente:

«Yo soy el arquitecto de la casa encargado de pagar la obra.»

—¡Pero, Hermana, por Dios!, replicó el infeliz demandadero; ni yo soy arquitecto, ni tengo un perro chico, en mala hora lo diga, ni...

—No importa; escriba usted eso.

Y lo hizo el pobre hombre.

—Ahora coge usted ese San José, le cuelga el cartel al pescuezo, lo pone á la puerta, y no habrá alma sensible que no se conmueva y suelte la mosca.

Y dicho y hecho: desde aquel día está el leño bendito ostentando su diploma.

Los vecinos más candorosos (*primos* en culto) han ido soltando *perras*; los tibios se limitan á decir:

«Si él está encargado de pagar, ya pagará, que buenos fiadores tiene en el Cielo. A

nosotros sólo nos toca felicitarle por su ascenso... y quedarnos con los cuartos en el bolsillo.»

Y piensan bien y dicen mejor.

1887

Reforma higiénica

Han llegado á Roma varios obispos yanquis á solicitar del Papa permiso para poder confesar por teléfono.

Un periódico de aquella capital publica la siguiente historieta para demostrar las ventajas de tal reforma:

«Suená el teléfono de una parroquia.
—Brrrr... ¿Está el señor cura párroco?
—Soy yo. ¿Qué se le ofrece?
—Deseo reconciliarme con Dios; pero con suma urgencia.

—No hay inconveniente. Venga usted á la iglesia.
—Imposible. No puedo perder un minuto. Acabo de cometer un robo, y la policía me viene buscando; pero antes de huir solicito absolución telefónica.»

Además de casos parecidos, pudiera darse este otro: pedir la absolución en el instante mismo de terminar el pecado más común y más simpático, á fin de no dejar espacio entre la falta y el arrepentimiento; y esto obligaría á los sacerdotes á no apartarse del teléfono ni de noche de día; de noche sobre todo.

Y no quiero hablar de las sustituciones que pudieran hacerse, y que darían ocasión para mil trocatintas graciosos, unas veces, trágicos otras.

Sin contar con que, de esa manera, las

personas delicadas de olfato no temerían acercarse al tribunal de la penitencia, como ahora les ocurre al pensar en el aliento fétido de muchos ministros del Señor, y en el tufillo á gruyere que asciende de sus groseros cimientos; amén de los ruidos sospechosos que llegan á veces demasiado tarde al oído del mártir de la fe para que pueda desviar prudentemente la nariz.

Voto, pues, en pro de la confesión telefónica, y prometo utilizar oportunamente el invento.

Para reirme un rato.

1905

Carta de un difunto

Cementerio de San Miguel, de Málaga

Marzo de 1888

Sr. D. José Nakens:

Por uno de los compañeros últimamente llegados, sé que andan ustedes los vivos comentando la noticia de haberse encontrado, al exhumar los restos de un cura aquí sepultado desde hacía seis años, una buena cantidad de onzas de oro, con otras varias monedas y billetes de Banco.

No es cierto, como aseguran ustedes, que él, codicioso como todos, se trajera esa cantidad por no desprenderse del metal ni aún en el sepulcro. Tal vez no le faltara intención de hacerlo, más ¿qué presbítero difunto puede librar un perro chico de la fiscalizadora mirada de su costilla? Como conocen todos los secretos y escondites de sus señores,

ni un céntimo pueden traerse los infelices.

Lo que ha ocurrido, Sr. Director, es que al verse en esta morada donde acaban las pompas y vanidades terrenas, y cuando aún se percibía el confuso rumor de los sepultureros que se alejaban, empezó á dar vueltas en el ataúd y charlar con su vecino de sepultura, para ver si podía *bailarle la mosca* con socaliñas espirituales.

—¿Tiene algún dinero, hermano?, le preguntó.

—Hasta dos pesetillas, le contestó el otro.

—Pues démelas, y le largaré un par de responsos á su alma, que se está achicharrando en el Purgatorio.

Dióselas, y tras aquél catequizó á otro y otros varios por el mismo procedimiento, con tal limpieza y diligencia, que al anoecer del primer día había juntado ya unos doscientos reales.

Al siguiente salió por otro registro.

Supo que había aquí un monaguillo, muerto á consecuencia de una paliza que le dió un cura, y lo alquiló para ayudar misas póstumas, que cobraba á buen precio á católicos ladrones en vida y meticulosos en muerte, y á damas opulentas y cristianas que aquí dan su carne á los gusanos, como se la dieron en vida á jesuitas y frailes.

Por último, empezó á dar dinero á réditos, y crea usted que si no vienen á desenterrarle, nos desvalija á todos.

Ruégole se sirva dar publicidad á las procedentes líneas, no ofreciéndole mi casa,

(Continuará)